

Después de haber inaugurado «Máquinas de vivir. Flamenco y arquitectura en la ocupación y desocupación de espacios» en Madrid y en vísperas de trasladar el proyecto a Barcelona, nos llama Pedro Barragán, de la Sociedad Flamenca El Dorado, en la capital catalana, y nos propone pasar a conocer a Raoul Vaneigen que se ha convertido en un habitual de la peña y con el que ha comentado esta exploración del imaginario situacionista en relación al flamenco, a lo gitano. De nuevo, una situación construida en la que poetas radicales y flamencos, gitanos y disidentes políticos, comparten un mismo espacio. Nos encontramos con Raoul Vaneigem, con su compañera Eleni y con Paco Aroca, tejedor de este vínculo, y entre conversaciones y vinos, nos brinda este texto, breve y contundente, quizá una mera actualización de la radical posición de los situacionistas contra la arquitectura, cargado, desde luego, de esa misma verdad y emoción. El caso es que nos parecía necesario compartir este regalo y, sí, aquí va.

DESMONTAR LA MÁQUINA HÁBITAT POÉTICO Y AUTOGESTIÓN

Raoul Vaneigem

No hay aspiración más universal y más universalmente prohibida que habitar el propio cuerpo. Tendría que ser la elección más natural del mundo si no fuéramos esclavos de un sistema que, sometiendo la naturaleza al pillaje y a las devastaciones de la rentabilidad, desnaturaliza por todas partes la tierra y todas aquellas y aquellos que la habitan. Mujeres, hombres y niños se enfrentan, a cada instante, a un cuerpo en el que la necesidad de trabajar y de ganar dinero choca con una pulsión de vida que invita a seguir los propios deseos y a abandonarse a los placeres de la existencia.

Intentar habitar el propio cuerpo es experimentar la alienación, es verse enfrentado a una presencia extranjera que nos obliga al exilio, nos separa y nos expulsa de nosotros mismos. La exuberancia de las pulsiones de vida se encuentra acuartelada. La reducción del mundo a una geometría del beneficio nos ha militarizado —basta con ver a qué régimen están sometidos los niños y los adolescentes en esos centros de crianza concentracionarios que llaman «escuela».

A excepción de algunas raras criaturas de hábitat poético —cuya genialidad, locura y originalidad estética suele celebrarse rápidamente para no tener que cuestionarse más profundamente el «sentido humano» que las inspira—, los arquitectos han sido y son más que nunca los burócratas del poder y de la estructura jerárquica, los agentes de reclutamiento del espíritu militar, los emprendedores serviles de la reducción geométrica del mundo, de la vida, de las costumbres, de la reificación generalizada.

No me limito a evocar aquí a los fabricantes de madrigueras para conejos, a los constructores de jaulas en las que el tedio incita a la maledicencia, a la violencia ciega, al crimen. Los asfaltadores de paisajes no son, a semejanza de los urbanistas que tienen a sueldo, más que una versión de ese «arquitecto» que, en el dialecto de Bruselas (devastada como la mayoría de las ciudades por la mafia inmobiliaria), es un insulto que puede suscitar reacciones agresivas.

No les falta razón a las religiones que atribuyen a un Gran Arquitecto el funcionamiento, la organización, la disposición, el confort y la climatización de este valle de lágrimas en el que la vida sacrificada es el precio que hay que pagar para los paraísos ficticios del más allá.

La militarización del cuerpo y de su hábitat tiene su origen en la erección de las Ciudades-Estados, con sus sociedades jerarquizadas, sus murallas y sus cercas sometidas al control de curas y príncipes. En nombre de la civilización, se decreta por todas partes que miles de árboles sean talados, arrancando así de raíz la relación privilegiada que la mujer mantiene con lo vegetal. Esta podría ser una decisión que implemente hoy una multinacional. El decreto al que me refiero aquí está extraído de la epopeya de Gilgamesh, que data del tercer milenio antes de nuestra era. (Nótese que, como el espacio cuadrículado por el Gran Arquitecto, nuestro calendario obedece a una numeración prescrita por su homólogo, el gran Relojero.)

No hemos habitado nunca en nosotros mismos. Siempre hemos estado habitados por una maquinaria que nos obliga a ir adonde no queríamos llegar, a pesar de un carrerismo que, inculcado desde la infancia, atrapa a la juventud y la hace envejecer precozmente.

Toda arquitectura apesta a caserna, a prisión y a hospital. Y, no obstante, lo que subsiste en nosotros de humano no ha renunciado nunca a perpetuar, incluso en las chozas más miserables, una poesía clavada a la existencia, una chispa de vida, susceptible de abrazar el viejo mundo consumido por el tedio.

Mientras que el capitalismo sigue sobreviviendo, una y otra vez, a sus quiebras sucesivas, el cuerpo de los deseos aspira, de generación en generación, a liberarse del cuerpo de trabajo que lo atenaza. Es una reivindicación que viene de lejos, pero que se manifiesta actualmente a plena luz. Una reivindicación que emerge de las ruinas de esas vastas construcciones religiosas e ideológicas que gobernaron durante tanto tiempo la humanidad, deshumanizándola. En el siglo XVIII, Saint-Just constataba lo siguiente: «La felicidad es una idea nueva». Hoy en día, la felicidad es más que una idea, se ha convertido en una realidad nueva, una realidad que lucha contra sus falsificaciones para encarnarse en una realidad social, para participar de una subversión que la identifica con el verdadero progreso.

Hemos aprendido, a nuestra costa, que el progreso técnico disimula sus cajas registradoras bajo la mentira del estado del bienestar al que contribuye. Ya conocemos de sobras ese famoso *welfare state*, cuyo advenimiento ya profetizaba el consumismo. Ya no queremos esa maquinaria del beneficio, que nos convierte en sus engranajes. Queremos habitar el país de nuestros deseos, una tierra libre donde la vida sea la garante de nuestra voluntad de ser ya no un hombre abstracto, sino un ser humano. Porque, tal y como la supervivencia usurpa el nombre de «vida», el hombre abstracto es el simulacro del hombre carnal.

Vemos así emerger, como islotes soleados en un mar glacial, zonas en las que los habitantes resisten contra los perjuicios fomentados por empresas multinacionales, asentando las bases de una sociedad nueva, construyendo lugares de vida. Algunas tierras libres intentan escapar del dominio del Estado y de la mercancía, y redescubren las riquezas de la creatividad individual y colectiva.

Aquí y allá, una arquitectura autónoma, improvisada, ingeniosa y torpe experimenta la reconciliación del hábitat y del cuerpo restituído a la fantasía de sus deseos. De la cabaña de madera a la autoconstrucción de tierra, paja y enramado, se eleva un mismo canto, el de la verdadera libertad.

Solo conocemos una arquitectura a imagen de la reificación del hombre. Ahora bien, en un mundo en que la perspectiva de vida tendrá que suceder a la perspectiva de muerte, impuesta desde hace miles de años por el sistema dominante, es posible crear las condiciones para realizaciones experimentales siempre y cuando la voluntad de vivir reivindique su soberanía y rompa sus cadenas. Necesitamos una rehabilitación del cuerpo y del hábitat poético que este exige. Necesitamos una arquitectura que cante y baile. Y esta arquitectura no existirá sin una voluntad individual y colectiva de deconstruir el hombre máquina, construyendo el ser humano.

Barcelona, febrero 2018

Traducciones: Xavier Bassas, Isabelle Dejean, Begoña Martínez
y José Manuel Bueso